

## Educación despareja

JULIO ALMEIDA \*

¿Se imagina alguien partidos de fútbol que duraran 110 ó 120 minutos en España? No: nadie discute que un partido se juega en dos tiempos de 45 minutos, así en la primera división inglesa como en Alpedrete. Pues es lo que pasa con muchas horas de clase en la educación española, esa que hoy se deteriora con obstinación y dejadez, sin que se conozcan bien las causas; y cuando se conocen, sin que se apronte remedio eficaz. Hablando de las clases de Religión, el diario El País informó que se dan dos horas semanales tanto en Primaria como en Secundaria; pero mientras en institutos las clases son de una hora, puntualizaba, en la escuela, de 3/4. Sic. No se habla de semanas anuales del curso escolar, que en otros países coinciden día por día, mientras en España, aunque se aproximan cada año que pasa, suelen disminuir en el bachillerato por una tradición inerte. Al preguntar a un profesor al respecto, me dice que el turno de mañana, tanto; el de tarde, cuanto; el nocturno, una cifra distinta: entre 40 y 55 minutos, creo recordar. En algunas facultades universitarias hay horas de 60 minutos, y luego diez de descanso; en otras, de 50;

pocos se ciñen a 45. Es como si hubiera un metro para los carpinteros y otro para los buzos. Las horas, aparentemente naturales, del instituto y de la universidad suelen recortarse, en efecto, y nuestros profesores no se veían entre clases y nos dejaban respirar un rato; en la Normal aprovechábamos para abrir ventanas y ventilar el aire del tabaco; las de don Juan de Mata Carriazo —se recuerda en un tomito en su memoria— duraban 50 minutos, que se hacían breves. Otrosí: en una biografía exhaustiva de Zubiri, los autores cuentan que en octubre de 1931, tras tres años de ausencia en Alemania, reinició su docencia en la Universidad Central. “Para su primera clase de Introducción a la Filosofía, como siempre ha sido su costumbre, llega al aula con veinte minutos de retraso.” Allí estaba el joven Julián Marías, con diecisiete años. Ahora bien, esa es precisamente la hora académica de 45 minutos, que él había vivido en la universidad alemana, la Stunde que vige de antiguo desde primero de Primaria.

Cuarenta años después (maestro nacional recién licenciado en Filosofía) daba yo cinco horas semanales de español a los niños nuestros incorporados en la escuela alemana: tres

\* Catedrático E.U. de Sociología. Universidad de Córdoba.

días, a las 14:30, los escolares de 2º a 9º, ellos solos conmigo; el colegio vacío por la tarde. Un día salíamos a las tres y media; dos, a las 16:30, puntualidad española, a orillas del Ems, no lejos de donde Arminio destruyó las legiones de Varo. Habría pasado un mes cuando el director de la escuela, probablemente informado por el Hausmeister, me llamó al orden europeo: “¡Usted no sabe lo que es una hora de clase...!” No sé cuál de los dos estaba más asombrado. Y empecé a comprender que el secreto de la calidad está en la medida.

Esta desmesura nuestra, esa propina que se añade sin misericordia a horas numerosas —desde 1992, a créditos acrecidos— podrá parecer una cantidad negligible, pero lo que resulta es un disparate descomunal. En mi Facultad hemos llegado a dar ocho horas diarias. El lector ha leído bien: durante años, de lunes a viernes, los alumnos tenían 40 horas lectivas de 45 minutos; diariamente 4 horas dobles de 90 (yo había propuesto tres, para acercarnos al sentido común europeo). Cuentas españolas trabucadas. ¡Y qué más da!, oímos con frecuencia. Pero esta frase — como dice Unamuno en 1904— es mucho más terrible que el vanidad de vanidades y todo vanidad. Al igual de la jornada laboral, tan prolongada que levanta una barrera entre padres e hijos, nuestros horarios escolares se dilatan con estupidez y alevosía. En consonancia con nuestra productividad, que en 1995 era el 85 por ciento de la de Estados Unidos y hoy se ha reducido al 75 por ciento, el rendimiento escolar no está resultando muy boyante. Y en la Universidad, acaso porque el Estado gasta poco y el alumno muy poco, queremos compensar la pobre inversión con horas inconmensurables que se sueldan, como se sueldan las vértebras de los camioneros que echan demasiadas horas al volante.

Empecemos por la base. En la escuela primaria, los maestros cumplen su dedicación con veinticinco horas lectivas a la semana, se dice una vez más, cuando se habla de vigilar su trabajo.

Pero si no me equivoco, estamos ante organización y nomenclatura del siglo XIX. Porque no hay tales 25 horas lectivas, como se repite, sino 22 y media, naturales, si descontamos el descanso. Sus colegas alemanes daban 28 horas a la semana, pero no en totum revolutum, sino precisamente de 45 minutos, como en bachillerato, su prestigioso Abitur, como en todas partes. “¿No ve usted — me explicó una colega— que las horas de la mañana duran 45 minutos?” Allí suelen descansar cada dos horas, cada 90 minutos, pero acá, de Primaria a la Universidad, la docencia se prolonga sin decencia, sin cuenta y sin tiento. No es juego de palabras. El niño de seis años, ya introducido en horario preescolar de mayores, debuta aquí con 120 minutos en la primera tacada, con el horario de los de 12 años; antes, igualados con los de 14. En Secundaria cursos hay que tienen tres horas seguidas, “sin intervalo de una a otra”, lo que no debe hacerse jamás, aunque se haga desde que Azorín iba a la escuela (v. Las confesiones de un pequeño filósofo, cap. IX, “La vida en el colegio”); aunque se haga a veces en Polonia —me dice una alumna de allá— con horas de 45, es decir, durante 135 largos minutos. En algunas facultades universitarias, si uno va detrás de quien apura los 120 minutos, lo tiene mal. No es que sea difícil: es que es la educación al revés, y muchos estudiantes, al fin y a la postre, ni aprenden a estudiar. Que a los 16 años salgan del sistema educativo en razón directamente proporcional a la sobredosis que se les inflige, ¿qué tiene de particular? Por lo demás, ya pasaba hace medio siglo: colegios privados había donde desde muy tiernos se daban cuatro horas por la mañana y tres por la tarde: de 9 a 1 y de 3 a 6; luego, tareas, y a cenar y a la cama. El antiguo colegial que me informa sponte sua recuerda, ya jubilado: “Yo salí a los 14 años, porque no me gustaba estudiar.” ¿Y a quién puede gustar ritmo tan despiadado? El ritmo demencial prosigue en la universidad. La semana, que tuvo seis días laborales desde Moisés, pasando por el emperador Constantino, hasta ayer, se redujo con buen sentido inglés a cinco días, para que padres e hijos

convivieran algo al final de la misma; pero en algunas Facultades, pasándose de rosca, se amontonan las clases de lunes a jueves: es un desmadre que muchos profesores y no pocos estudiantes vemos mortal, un horror que muchos jóvenes aprovechan para hacerse su caldo gordo alcohólico: jueves, viernes, sábado... Lo normal, dicen ellos.

En noviembre de 2006 el Consejo de Estado avaló, en términos generales, el contenido de la polémica asignatura Educación para la ciudadanía. Pero es como si aprobamos las hamburguesas (o el vino: léase La ciencia de la salud de Fuster) sin especificar cantidades, sin tener en cuenta los otros alimentos ni la capacidad de recepción de las personas. Si se analizan los cuadros horarios de las asignaturas de la ESO, o las enseñanzas mínimas de la LOE en Primaria, los cientos de horas totales no quedan claros, y la cuenta semanal es difícil de calcular. Nos entenderíamos mejor hablando de horas a la semana, de 38 semanas lectivas. ¿38 ó 35...? Y como demasiados alumnos abandonan los estudios cuando termina la educación obligatoria, ya se propone “un bachillerato que pese menos” (El País, 16.10.2006). Es decir, en lugar de aumentar las semanas lectivas y pensar en el estudiante medio, como se hace en Finlandia y en todas partes, ya se sugiere rizar el rizo con un curso más. Adviértanse las dos fórmulas: ellos, días tranquilos y suficientes; nosotros, días escasos y brutales. Y al final, como es lógico, la excelencia, rara por principio, resulta en España rarísima. En un curso de bachillerato, cierto profesor, después de suspender a la clase entera, le comentó a la única aprobada: “Tú tampoco tienes nivel.” ¿Qué juego atroz estamos jugando?

Pero comparemos y comprendamos. “Los profesores de Primaria trabajan más horas que la media de la OCDE (880 horas al año frente a 795) y casi 300 horas más que los españoles de Secundaria, una diferencia interna bastante inusual”, dice un estudio

reciente que se ha publicado en la prensa europea. Y tan inusual; aunque si desglosamos la media hora de recreo (que no cuenta, aunque el maestro vigile), la diferencia no es tanta. Sí, la carga horaria de los profesores de Secundaria es inferior al promedio de los países de la OCDE: 564 horas lectivas en la primera etapa y 548 en la segunda. El promedio de la OCDE es de 701 y 661 respectivamente. No hablemos de sueldos por ahora. Entretanto, todo parece indicar que los escolares de Primaria van mejor que los de Secundaria. ¡Niños de 12 años pueden tener más afición a la lectura que jóvenes de 15 ó 18! Admirablemente, el Evangelio dice que Jesús iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres (Lucas 2). ¿No es eso lo natural, lo que nos pasa o debería pasar a todos? Pero contra toda razón, muchos adolescentes nuestros se apocan y se desmayan a medida que crecen.

El sistema métrico decimal se puso en vigor a raíz de la Revolución francesa. Había que entenderse, y el euro fue el último paso. El Dictionnaire de l'Académie incorporó en 1798 un Suplemento que contenía las palabras surgidas después de la Revolución. Eran “418 palabras que cambiaron el mundo”, como tituló Eduardo García de Enterría en una tercera de ABC anunciando Les mots de la Révolution (París: Ledrappier, 1987). Con prefacio de Isabelle Albaret, cuando se iba a cumplir el segundo centenario de la Revolución, este librito reproduce aquellas novedades: agent municipal, civisme e incivisme, constitutionnel, démocratie, École Normale, écoles primaires, égalité, fonctionnaire publique, inviolabilité, liberté, vociférations y vociférer; pero también palabras que designan las nuevas unidades de medida: kilogramme, litre, mètre, décimètre, hectare, así hasta 418. Naturalmente, se siguieron usando en todas partes las antiguas medidas locales, y muchos siguen hablando de fanegas y no de hectáreas, de libras y no de kilos; a los anglo-americanos les cuesta dejar sus pies y sus acres, y el ordenador, si no le ordenamos otra cosa,

deja márgenes de una pulgada, pero lo indica en el sistema decimal: 2,54 cm. No hace mucho, de visita en mi pueblo extremeño, oí referir una historia de una mujer que reñía a su hijo: “¡No te da vergüenza, un hombre de dos varas!”

En las universidades españolas nos estamos preparando para adaptarnos al Espacio Europeo de Educación Superior, pero nos va a costar trabajo emparejarnos después de la tradicional sobredosis nunca asimilada. Nos costaría mucho menos si hubiéramos sabido moderar aquellos créditos, que se acercaron a los brutales 90 (900 horas: 30 semanales); casi no sufriríamos si hubiéramos elegido los dables 60, que ahora señala Bolonia. Pero 20 horas semanales, cuatro diarias (que yo prediqué en el desierto, que ya es un récord por el mundo adelante), parecen vacación por estos pagos. Joaquín Costa habló hace un siglo de desorganización organizada desde arriba, y aún sorprende la crasa ignorancia de quienes olvidan el estudio que acompaña por oficio a las horas de clase. El Príncipe de Asturias, en visita a la Universidad de Georgetown, donde se graduó, recordaba no hace mucho el trabajo duro en la biblioteca. Pero allá se arreglan con cuatro asignaturas, mientras en España la ordenación vigente desde 1992 establece cuatro tipos: troncales, obligatorias de universidad, optativas y de libre configuración —el convoluto inadmisible— y en la biblioteca algunos alumnos recuerdan al pulpo en el garaje. (El director de la biblioteca de nuestra Facultad se irritó cuando al hacerle una entrevista en la televisión local, lo censuraron. La tele indígena no quería transmitir la evidencia de que los estudiantes que vienen de Francia y de otros países no quieren ayuda y se mueven por la biblioteca como Pedro por su casa, mientras éstos...) Los estudiantes cursan tantas materias que ni recuerdan los nombres de las que han hecho oficialmente, y el número extraordinario de asignaturas armoniza con el número de libros que no leen. ¿Qué podemos hacer?

En el centro del sistema, la enseñanza secundaria ganaría mucho si su calendario lectivo —que en el origen decimonónico se emparejaba con la universidad— fuese idéntico al escolar. El bachillerato no es ya sólo, ni siquiera principalmente, nivel propedéutico de la universidad, sino escuela superior —high school— de la elemental, y no debe temer una capitis diminutio, al contrario: reforzará la base y desde luego el sistema entero saldrá ganando, es decir, todos y cada uno. Porque tenemos una educación pintoresca, con resabios preindustriales. Anteayer, prohibida la coeducación durante el franquismo, las niñas y las maestras tenían fiesta el 15 de octubre, día de santa Teresa; los varones festejábamos el 30 de mayo, san Fernando: media fiesta en muchas familias. Mis alumnos se quedan atónitos cuando se lo digo y apenas le dan crédito hasta que sus padres se lo confirman. Desde los años 60 hasta hace poco —desde la democracia ya todos felizmente coeducados— la celebración ha sido el 27 de noviembre, en memoria de san José de Calasanz; también en la Facultad de Ciencias de la Educación, donde volvemos a estar huérfanos. Cuando nos íbamos acostumbrando se ha vuelto a cambiar, quizá porque la enseñanza privada festejaba otro día; o porque los secundarios también tienen otro día y hasta otra hora de entrada. Otros días, otras horas... Por extraño que parezca, ciertos colegios religiosos disponían incluso de dos puertas para entrar y salir: una para los de pago, otra para los de balde. Cuando Unamuno recuerda su colegio, precisa sin ambages: “Era colegio y no escuela —no vale confundirlos—, porque las escuelas eran las de de balde, las de la villa, por ejemplo, adonde concurrían los chicos de la calle” (Obras selectas, pág. 890). Hoy todos son “colegios”; ya no hay “escuelas”, acaso por ciertas connotaciones espurias y malévolas, pero es el bello nombre que prefería Jimena Menéndez Pidal, aunque fundadora del selecto colegio Estudio, y yo también lo prefiero. Y no sabemos si tales separaciones artificiosas que subsisten (equal but separate, fueron los

niños negros en Estados Unidos desde fines del XIX hasta 1954, cuando el Tribunal Supremo dictaminó con más justicia que separate is not equal), no sabemos si tantas separaciones están bien o son contraproducentes. Probablemente lo último, y hacen recordar el diagnóstico orteguiano de los compartimientos estancos en España invertebrada.

Pero hablábamos del fundador de las Escuelas Pías (Roma, 1597). En una biografía del santo se nos informa que el curso empezaba el 3 de noviembre, como en el Colegio Romano, de los niños bien, pero en este último las vacaciones de verano empezaban el día último de agosto, mientras en las Escuelas Pías, el 15 de octubre; “de modo que sólo había medio mes de descanso entre curso y curso”. Y sin embargo: “Las exiguas vacaciones otoñales tenían su compensación en un crecido número de días festivos durante el año, pues frente a 194 días de clase normal tenían 116 de vacación completa y 55 en que tenían clase por la mañana y vacación por la tarde” (Severino Giner Guerri, Sch.P., San José de Calasanz. Maestro y fundador, pág. 644). Bueno, 249 días lectivos al año son un récord absoluto, porque hoy no llegamos a los 200 en casi ninguna parte; pero yo nunca diría que los 55 días de clase sólo por la mañana fueran de vacación por la tarde. Siempre esa idea absurda de que el escolar, primario o universitario, no ha de estudiar luego, no tiene además un juego o un hobby, una vida personal irreglamentable. Como se sabe, “escuela” —a través del latín schola— viene del griego skholé, que significa ocio, pero ocio dedicado al estudio; y no todo el ocio ha de ser programado por mano ajena. Después del santo español, que fue a Roma en busca de una canonjía a los 34 años, pero oyó una llamada y se quedó en la ciudad eterna para siempre, hasta su muerte a los 91, ahora resulta que quien instituyó la primera escuela gratuita de la modernidad, escuela para los niños pobres que quisieran asistir, parece que no cae bien a la Administración

educativa; con laicismo ramplón, el santo desaparece de la escena y ya tenemos otra jornada, laica, por supuesto: un día de la Educación que se pone el 27 de febrero, junto al 28, día de Andalucía, para procurar así una extraña semana blanca, que no es blanca ni llega a semana. Lo que sí está bien es que chicos y grandes festejen juntos el mismo día. Una semana de vacaciones de blanca nieve tienen los suizos al final de enero para esquiar, aunque este año tienen poca; pero el 2 ó el 3 de enero ya han vuelto a la escuela y en verano descansan cinco semanas.

Lo que llama la atención es la desigualdad excesiva entre unos y otros, algo que en las sociedades estamentales, antes de la Revolución, pudo tener sentido diferenciador. Llama la atención la timidez de la legislación española, que cuando se dispuso a ordenar la instrucción pública (ley Moyano, 1857) la hizo obligatoria para todos los españoles, pero de seis a nueve años (art. 7); y gratuita “a los niños cuyos padres, tutores o encargados no puedan pagarla...” (art. 9). Ni siquiera la gratuidad total, que Francia estableció por ley el 16 de junio de 1881; obligación de 7 a 13 años, por ley de 28 de marzo de 1882. La vergüenza que acarrearía la certificación de pobreza hacía que muchos pagaran sin rechistar o que no fueran a la escuela simplemente, y de hecho casi un siglo tardó la escolaridad en extenderse a todos los españoles. Acto continuo, tan mínimo era el sueldo de los maestros (hasta 1963), tan habitual llegó a ser que los padres abonaran algo al funcionario presuntamente público, que en 1968, cuando me hice cargo de una clase de niños en la provincia de Sevilla, aún coleaban las permanencias, un residuo decimonónico desagradable que muchos maestros aceptaban sin pensar; aquellos colegas habían empezado con menos de mil pesetas mensuales, cantidad digna de recordación a los mileuristas que hoy se sienten agraviados. España empezaba a ser sociedad de consumo. “Señora: soy funcionario y me paga el Estado. Usted no puede darme dinero.”

Y al fondo del paisaje —el aire público— la chabacanería se ha ido adueñando de las cadenas de televisión, que es como decir de las almas de escolares abandonados por padres y madres que han descubierto el trabajo a tiempo más que completo. La televisión, que se difundió en España en la década de los 60, pilló a la mitad de la población adulta sin estudios primarios, y de ahí quizá su autoridad desdichada. Es una televisión donde suelen creer que ha llegado el momento de hablar de tú a todo el mundo o, al menos, llamarlo/la por su nombre de pila, incluido el rector o el obispo. Es grotesco. En un volumen de conversaciones dedicado a Borges, su amigo Adolfo Bioy Casares anotó en 1968: “Un locutor fue a ver a Borges para que lo apoyara en su campaña para que en Radio Municipal los locutores traten de vos al público. Como se negó, el otro dijo: ‘Yo francamente creí que usted, como porteño, vería con simpatía esta cruzada.’” Y el escritor le respondió: “Tal vez yo sea más porteño que usted, pero no veo por qué se va a tutear a desconocidos. Es útil, porque señala matices, que se diga a ciertas personas de usted y a otras se las tutee. Además, el vos limita los temas. No se puede preguntar: ‘¿A vos te gusta Brahms?’ Su proyecto, más que de un porteño, parece de un peronista.” En España diríamos de un franquista o de un comunista; a la verdad, estamos ante personas chabacanas (acaso la chabacanería nos une también con ustedes, amigo Borges), y el civismo no acaba de obtener carta de ciudadanía. En los institutos no pocos profesores han invitado a los alumnos a apearse de usted y muchos estudiantes universitarios apenas se distinguen; quiero decir que los distinguidos no se atreven a distinguirse; temen a los “amigos”, a quienes refuerzan con su azoramiento, y parecen asustados, temerosos de quienes —quizá por lo poco que les cuesta la matrícula— ni se dignan aparecer por las aulas. Por lo demás, en algunas facultades universitarias los profesores, después de hablar de usted a los bedeles, se están acostumbrando a

ser tuteados por ellos: Alicia en el posmoderno país de las maravillas.

Una investigación reciente ha descubierto lo que sabíamos desde Madariaga y Menéndez Pidal por lo menos: que los jóvenes españoles son en Europa los que más disfrutan de sus amigos. ¡Qué emoción! Tal vez debamos escribir amigos entre comillas, si —como estimó Julio Cerón en un recuadro en ABC— es en España la palabra más prostituida del Diccionario. Y cabe preguntar si el laicismo rampante que se emana desde arriba tiene que ver con la religiosa asistencia de nuestros jóvenes a sus botellones identitarios; es decir, si este engendro deriva de aquello. Porque sin padre ni madre, sin disciplina ni certidumbres, sin cuarto propio en la vivienda—durmienda, ¿no se explica esa estantigua inexplicable que es el botellón? Emborracharse religiosamente, aullando y orinando y molestando; dormir de día para mejor embriagarse en procesión nocturna de fantasmas, ¿qué otro sentido puede tener, amén de venganza por el vacío interior, sino la busca religiosa de identidad, de lugar en el mundo?

Con la grande polvareda, estamos perdiendo a don Beltrane. El sistema educativo español hace agua por aquí y por allá muy principalmente porque la Administración y los administrados de consuno han rechazado la dirección profesional y se prefiere el “equipo directivo”, que es una capitidismación consensuada. He aquí el escándalo mayor. Las Consejerías de Educación, a falta de candidatos para ocupar puesto tan clave, quizá el más hermoso e interesante, designan de oficio a funcionarios desgastados que ocupan el cargo en funciones, en cierto modo como los otros, los cándidos voluntarios elegidos en proceso electoral. Buena parte de la indisciplina de los centros públicos se debe a la ausencia de esa figura estable, que algunos asocian con la dictadura, como si no existiera en toda Europa, salvo Portugal; como si no hubiera directores de orquesta y de periódicos y de todas las cosas divinas y

humanas (véase Vorbilder und Führer de Scheler) y no una autoridad-sin-autoridad que se quita y se pone para que los gamberros vayan a su aire; como si no se cuidara tal figura en la enseñanza privada, o en la concertada desconcertante, esas redes que muchos políticos y funcionarios eligen para su progenie, desdeñando la cosa pública que han contribuido a desordenar. Que colegios e institutos dirigidos por esa persona sin autoridad requieran los servicios de agentes uniformados de la Policía, es el último episodio de esta tragicomedia escolar española: Cuerpo de Policía donde no hay policía espiritual, ¡qué esperpento!

Nuestro sistema desagregado e incoherente pide a gritos orden y vertebración, y en el pecado —en los pecados— llevamos la penitencia. Necesitamos leyes y costumbres nuevas; pero una ley de Educación que dure, “ya que la ley no tiene otra fuerza para hacerse obedecer que el uso” (Aristóteles, *Política*, 1269 a).